

VIVIR DEL CUENTO O MATAR POR ÉL

Javier Luque

—Fran, ponme un vaso de veneno o, mejor, trae un par de vasos y una botella de esas que acabas de rellenar de lo que ni tú te atreves a llamar güisqui.

Era temprano, incluso demasiado para que El Hormigón estuviera abierto; de hecho, no lo estaba. Si había podido entrar, era porque sabía dónde escondía Fran la llave de emergencia y que él llevaba varios días sin salir del bar; para ahorrar. Así que el antiguo reservado lujoso que hacía años que no albergaba los excesos auspiciados por la presencia de Adriana, sino que solo almacenaba cajas de botellas vacías de distintos licores a la espera de ser rellenas, algunos víveres que antes de llegar allí ya estaban pasados de fecha, otros tratos inútiles que ni él sabía cómo habían aparecido en el lugar, una vieja caja fuerte que jamás guardó dinero ni nada de valor y una cama, como recordatorio de aquellos tiempos mejores, se merecía una limpieza y una pequeña redecoración, suficiente para convertirse en el mejor hogar posible; y en el más barato, claro.

—Y tú, ¿qué haces aquí a estas horas? —me preguntó cuando ya nos habíamos bebido un vaso cada uno, en silencio y mirándonos a los ojos como en un absurdo reto de resistencia.

—Esconderme —dije.

Fran siguió mirándome un momento. Luego, aburrido, lleno su vaso y regresó a la mesa que ocupaba a mi llegada a continuar rellenando botellas.

En realidad no es que yo no quisiera contarle lo que me había pasado, en verdad tendría que hacerlo de todos modos, es que me sentía como un imbécil y no sabía por dónde empezar.

Hacía tiempo, desde mi último paso por el trullo, que me había dado por escribir. En la cárcel era una manera de pasar tiempo fuera de la celda y estar cerca de una mujer; de la entusiasta profesora que había montado un taller literario como actividad redentora de nuestros pecados. Una vez que salí de allí y, sin casi darme cuenta yo y sin que pareciera que se hubieran dado cuenta los demás, me convertí en mi desaparecido compañero de celda. Seguir con la escritura era la manera

de ser fiel a la promesa que le había hecho y contar al mundo como transita la vida por aquí, por El Hormigón. Proclive como soy a las adicciones, tanto empeño le puse a lo de escribir que hace meses concluí una novela de más de seiscientas páginas.

Si me preguntan si lo escrito era bueno o de interés para algún lector, no sabría contestarles, al menos hasta hace unas horas. El motivo es simple: por este bar no acostumbran a merodear demasiados intelectuales, de esos que prefieren un buen libro a un buen polvo o, simplemente, a un mal vaso de güisqui.

Una vez concluida la obra, poseído del mal del escritor, me lancé a intentar publicar. Hecho un mar de dudas, me decidí por buscar asesoramiento y encontré un afamado editor que ofrecía, por el módico precio que en mi tarifa se corresponde con dos asesinatos de los más complejos y al menos tres palizas a uno o varios indeseables, unas lecciones, impartidas por video a un grupo de unos cien alumnos, sobre cómo presentar el libro a las editoriales para tener éxito. Como de la primera ronda de editoriales que me aconsejó no obtuve más que buenas palabras y grandes deseos de mucha suerte, con otros, porque todas tenían sus cupos de publicación cubiertos, me pareció interesante la oferta que él mismo me hizo de leer el manuscrito y proporcionarme un informe al respecto con su valoración comercial y, si procedía, algún consejo conducente a su mejora. Esta vez, el precio era algo inferior al que yo tenía previsto cobrar por el magnicidio del presidente de una pequeña república escindida de otra, también escindida de una tercera tras la caída del telón de acero, en esa frenética afición por los nacionalismos que nos asola.

Feliz por haber logrado escapar a la horda de mafiosos a los que no les venía bien el perjuicio ocasionado a sus negocios por la eliminación de aquel facineroso fascistoide, pasé por caja y le entregué el manuscrito a mi mentor.

Una semana después, me mandó un informe al correo electrónico. En resumen, me decía que la novela era demasiado larga, que el argumento de amistad carcelaria y relación sentimental con la voluntaria de

actividades culturales no era el adecuado al momento socioeconómico del país y que, además, soy un hombre. Vamos, que nadie me lo iba a publicar. Y para concluir añadió que de mejoras no merecía la pena que me dijera nada, y que de todos modos poco podía decir porque no había leído más que un par de páginas, que para qué más.

Con cara de imbécil y cada vez más cabreado, le llamé por teléfono con intención de decirle que, si para darme aquella experta opinión sobraba con leer mis cartas de presentación a las editoriales y la sinopsis y otros datos que también se adjuntaban en lo que pomposa y bárbaramente denominaba con el anglicismo de *briefing*, para que mierda le había pagado a él dos veces y semejante fortuna por vez, pero me contuve y opté por preguntarle que si presentar la novela con el seudónimo de Berta Candela, nombre que se me ocurrió en honor de mi estimada cerillera de El Hormigón que nunca llegué a conocer, serviría para despertar el interés de los mercantilistas culturales. Tampoco esta vez logré nada más que una evasiva y una lacónica invitación a hacer lo que me viniera en gana si no tenía nada mejor que hacer, pero que era seguro que ninguna editorial estaría dispuesta a publicarme. Colgué y apagué el ordenador dispuesto a olvidar para siempre mi estupidez y mi aventura literaria.

—¿Me vas a contar qué coño te pasa o vas a seguir bebiendo de esa mierda de alcohol inservible hasta para quemar? —dijo Fran tras dos vasos más apurados por mí y dos nuevas botellas rellenas por él.

El bar seguía cerrado y nosotros solos.

—Ya te lo he dicho; necesitaba esconderme.

—¿Mucho tiempo?

—No sé, supongo que los polis les parecerá raro que un tipo se suicide con dos balas salidas de una Browning en el cogote.

—Ya —dijo y esperó, supongo que con la intención de que fuera yo el que hablará. No lo hice—. ¿Y quién era el suicida?

—Mi mentor literario. —De nuevo, Fran se quedó mirándome y, de nuevo, supuse que esperaba que yo hablara. Tampoco lo hice—. ¿Y por qué se ha suicidado?

Tampoco le contesté esta vez, me limité a poner sobre el mostrador el libro que llevaba en la Santa Gramática, la bolsa de la Fnac que había comprado junto a la novela. En la cubierta del libro aparecía un dibujo con una reja carcelaria y una estilográfica, e impreso con tipología Marcellus SC: *Cinco años en el trullo. Vivir del cuento o morir por él, Bertha Candle*. Además, en la faja del libro se podía leer: «¿Quién se esconde tras su enigmática autora? La novela que ha roto todos los moldes. La sensación de este año. Tercera edición»